







querida para mí explicando á mí razón
lo porqué me hizo Dios nacer para
cerme tan desventurado.

Oye Carlota querida, amor mío si
la eternidad la unión de todos los siglos
en el que tan solo la verdad y el amor
se encuentran, vés y dímelo que así, yo
tendré un día de duda de ese que llamó

Un desgraciado en este mundo y un
infeliz en la eternidad!

Es un sufrimiento que palpable nunca
el mundo verá en mí, este sufrimiento
del que la humanidad no verá reprodu

No te he podido constelo, pues no lo
quiso, no te he podido resignación, pues no la
tendré, te he podido amar, ese amor que me
traviste y que aún debes conservar pues

Guayaquil, Junio 16 de 1901.

La amistad
Dedicado á mi querido amigo
señor José Antonio Campos)
Qué es la amistad? Cuando lloras noche
Cubriendo con su manto la pradera,

La amistad es el sol que da la vida
Y ahuyenta las tinieblas pavorosas
Que cercan horrosas
El pobre corazón.

Cuando el proscrito, en fúnebre desierto,
De la nostalgia los horros sienta,

Vueve el valor á su ánimo abitado
Es la amistad el oasis cultivado
En prod del deditado
Descendiente de Adán.

Santa amistad, sublime mensajera,
Vendida desde el cielo
A enseñar en el suelo
Los gozos del Edén;

Punto final
En el gabinete de un dentista.
-Vengo farioso doctor. Me dijo us-
ted que sus mechas postizas eran como
de verdad y me hacen un daño horri-

Fruta Julien
Una de las causas más frecuentes de
las enfermedades en los países cálidos,
es el extrínsecamente pnes deteniendo la
sangre en el intestino produce la dispepsia.

Hierro Girard
Sábese de antiguo que la medicación
ferruginosa está indicada para las señoras
que padecen de anemia y calambres de
estómago, para las jóvenes durante el

Grands Vins de Champagne
VEV. A. DEVAUX, EPERNAY (CHAMPAGNE)
A. Devaux Fils, Sucesor.
Casa Fundada en 1846.—Provedora de las principales Cortes
Europeas.
PREMIADA CON 50 MEDALLAS.—Miembro del Jurado.

AGUIRRE Nº 34.—GUAYAQUIL.
Mayo 7 de 1901.—Nº 6223—1 m.

José A. Matéus.
Profesor por oposición, premiado con medalla de oro por el
M. I. C. M. y jubilado con 32 años no interrumpidos de labor en
el magisterio público, garantiza la enseñanza de los niños que se le
confíen como internos, seminternos, etc. La garantía consiste en

Calle "Sucre" Nº 26.—Teléfono 345
Guayaquil, Junio 10 de 1901. Nº 6227—12 v.

Al Comercio.
La Compañía "Merchant's Line" por el presente
hace saber de nuevo á los embarcadores, que es condición
del contrato entre estos y la Compañía, que cualquier recla-

SEGUROS DE VIDA
"La Equitativa"
(DE LOS ESTADOS UNIDOS)
Agente General en el Ecuador
VICENTE GONZÁLEZ BAZO.
Enero 2 de 1901— año

COÑAC BISQUIT
"XXX"
"XXXXX"
"V. o. c. B"
DE VENTA EN TODAS PARTES
CONSUMO, 1.336,616 LITROS!!!
Enero 4 de 1901.

Compañía
Transatlántica de Barcelona
Pongo en conocimiento, del púb-
lico, que esta Compañía, para
mayor comodidad de los pasaje-
ros y embarcadores, ha puesto al

Revista Comercial
Vicente González Bazo
Colección de 1898-1901. Contiene la informa-
ción más completa sobre el movimiento com-
ercial de Guayaquil.

PARA BAUTIZO
En esta Imprenta tenemos un
variado surtido de tarjetas de la
última novedad para bautizo.
Ya lo saben los padrinos.
Guayaquil, junio 11 de 1901.

19 FOLLETIN
LA TENEBROSA
POR
JORGE OHNET.
IV

—So trataba de un actor, si no me
engañó el hermoso Stevenson.
—Si, Ricardo Stevenson, el rival
de Irving.
—Ha estado usted loca por él y
el el engañaba con una bailarina
de la Alhambra. Un día encontró usted
el medio de atraer á aquella muchacha
de bordo de un yate anclado en el
Támesis. Desde entonces no se supo
más de ella.

—Ah! (Conoce usted ese inciden-
te? Realmente, está usted bien infor-
mado. ¡Sabe usted también que
Stevenson, en un acceso de furor, me
pegó con el bastón hasta dejarme por
muerta en la calle!
—El bastón, sin duda, que le había
regalado el príncipe de Gales? ¡Es
muy honroso para usted! Pero la pa-
liza no impidió que, dos días después,
estuviese usted aplaudiéndose en la
primera fila del teatro.

—Si, amaba á aquel miserable como
yo sé amar, como las panteras que
arrojan sangre por las heridas que les
hacen los machos y se las muerden
ellas mismas. Aquello se acabó, por
fortuna, y yo estoy tranquila.
—Lichtenbach se echó á reír.
—¡Tranquila! ¡Dónde diablos me
deja usted al hermoso César Agosti-
ni!

—¡Bah! Ese es juguete. No es
posible vivir sola ¡verdad! Hay que
tener alguien por quien interesarse.
César es una distracción, no una pa-
sión verdadera.
—Que le cuesta á usted cara, sin
embargo.
—¡Oh! Muy cara. Esos italianos
son unos verdugos del dinero. El
mío conoce una buena manera de pro-
curárselo y dice de gastarlo. Pri-
meramente es jugador y además no
puede ver una sortija sin comprárse-

—¡Es sencillamente un gusapo...
—Para servir á usted, amigo mío,
Si tiene usted alguien á quien hacer
desaparecer...
—¿Está intrépidio?
—Está, sobre todo, seguro de sus
golpes. Pruebe usted y quedará sa-
tisfecho.
—Lichtenbach se puso pálido, como
siempre que se abordaba un asunto
que no le gustaba, y dijo en tono de
mal humor:

—¡Muchas gracias! No trabajo en
el drama; me basta la comedia.
—Tiene gracia lo que usted dice.
Es usted uno de esos buenos apóstoles
que enseñan los golpes, los hacen eje-
cutar y dicen después con aire candi-
do:
—No tengo nada que ver con
eso." ¡No está usted acaso mezclado
en el asunto de Yanves?
—Esta vez Elías se enfadó de veras.
—¡Silencio, por Dios! ¡A qué gritar
de ese modo! No estamos solos en
la casa.

Sofía se echó á reír.
—¡Es usted buen! Hace una hora
que está usted contando mis historias
sin ninguna precaución y se asusta
porque hago una pequeña alusión á
las suyas. Quiere usted compromete-
rme sin ser comprometido ¡verdad!
¡Muy amable!
—¡Eh! Mi hija está aquí y no ten-
go gana de que...
—De que la conozca á usted bajo
su verdadero aspecto. Porque es usted
una canalla, señor Lichtenbach, y
de la peor especie, de los que quieren
salvar las apariencias hasta con sus
cómplices. ¡Cree usted que me engaño!

—¡No; permanezca usted en sí mis-
mo, buen Lichtenbach, honrado Li-
chtenbach. Ya ve usted si soy buena;
ya bajo el tono. Mi voz es sólo un
murmullo; inclínese usted para atrás.
Necesito cien mil francos esta tarde
para hacer trasladar á Hans á Gene-
bra. ¿Podrá soportar el viaje... César
ha estado á verle...
—¡Cree usted que vivirá!
—Sí. ¡Eso le contradice á usted!
Tranquícese; es hombre capaz de
tragarse la lengua, como los negros,

antes que hacer traición á un com-
pañero. ¡Quién sabe además si sus
treros interesas fuesen los míos,
de usted y si Hans hubiera hecho
trado el secreto del explosivo para
comercio, hubiera usted pagado tan
caro como los que nos compraban
pólvora de guerra. El golpe ha
lido; Hans está lisiado para siempre
por usted está fuera de toda esperan-
cha gracia á mí...
—Sofía se calló un instante, sin
tranquilamente á Elías, y dijo:
—Son cien mil francos á cuenta.
—¡A cuenta!
—Sí, ¿cuenta. Unos regates están
hemos matado á usted á Tremont.
—¡Quién odia! ¡Quién odia! ¡Quién odia
por los Baradier y Graff!
—¡Nada! ¡Nada! exclamó Sofía.
—¿Qué está usted diciendo? ¡Qué
reos me atribuya! ¡Yo, haber sa-
seado la muerte de Tremont y que-
mal á los Baradier y Graff! ¡Qué
cural! Son, en efecto, mis ene-
migos, y me han hecho mucho daño,
pero esto á un crimen... ¡Oh! ¡Jamás
Sí murieran lo considerara un
un favor que me hacía el cielo,
apresurar su muerte un día, en su
hora, ni un instante... ¡Yo! ¡Yo
poderoso!
—De Abraham, de Jacob, de
sés... Si mi querido resaca, ¿no
bien Elías Lichtenbach... ¿no
baronesa con una mirada de des-
precio... Si, usted quiere recibir la
votos de la providencia encarnada
la baronesa Godok, pero no me
que aparezca que usted la pone
movimiento. ¡Siempre la hipocri-
Usted no pida nada pero lo acepta
de... Pues bien, es la complacencia
de riesgo.
—¡Baronesa! En nombre del cielo,
no comprometa usted ni obre sin
truiciones.
—¿Ve usted? Ya está usted aso-
do. ¿Eso me hace recordar á Tremont
cuando yo manejaba sus produ-
químicos después de comer. ¿Eso
enamorado, el buen hombre, y
blaba por mí. "No toque usted
¡Ahí está la muerte!" Mientras
trataba yo de tomar el molde en
de la cerradura del bolsillo que
anipado el brazo de Hans... ¡Y
ra ná! ¡La explosión ha destruido
al secretario! Pero alguien le tiens
rá preciso que yo le encuentre sea
mo quiera.
—¡Qué le han prometido á usted
le entregó?
—Está usted muy curioso... Pero
tránsito. Aparte el amor pro-
fesional, pues á nadie le gusta
casar en una misión de tal impor-
cancia, el asunto vale la pena... Mien-
tras tanto, vengan mis cien mil fran-
cos!
—Lichtenbach abrió un cajón,
trajo diez fajos de billetes de banco y
los entregó á Sofía.
—Ahí están.
—¡Gracias. Diga usted, Lichte-
nach; ¡qué diría usted si fuese el
ven Marcello Baradier el depósito
de las armas del general Tremont?
—Elías se formó con repentina vir-
tidad.
—¿Qué dijo; ¡qué supone usted
¡Qué le hace pensar!...
—¡Ah! canibal; acaba usted de
de la carne fresca. ¡Así he puesto
rejuvenecido! ¡Debe usted
la cara cuando tiene aquí, fresca
perfumada, una de esas mujeres
gran mundo que se entregan sin
culpa ante la vista de la caja de
dadales.
—¡Baronesa! Me está usted matan-
do de angustia...
—Bien se ve. Nunca pone
unos ojos semejantes cuando trata
convencerme de que me adora.
—El odio es una pasión mucho
fuerte que el amor. ¡Verdad, Lichte-
nach!
—Elías no respondió. La esposa
que acababa de exponer Sofía le
sorbia por completo. Todo des-
precia á sus ojos ante el hecho de
el hijo de su enemigo mortal que
poseedor del secreto tan valiosa-
mente buscado. ¡Si fuera él
por un capricho de la suerte
trase la ocasión de aplastar á los
odiaba arrancando al mismo tiempo
sus manos una fortuna! Elías se
có á la baronesa:
—Que le hace á usted suponer
Marcello Baradier recibiera las
condiciones del general.
—En primer lugar, es verda-
mucho frecuencia y el joven me
admitido en el laboratorio, lo que
un favor excepcional. Se que
iba con Tremont, que no tenía
fausna sino en él. En fin, el secreto